Traducción y multilingüismo en la literatura de viajes del XVIII: los *Viajes por España* de Swinburne

JOSÉ FRANCISCO PÉREZ BERENGUEL
Universidad de Alicante

La idea del viaje como elemento formativo en la educación de los jóvenes británicos pasaría en el siglo XVIII de ser una excepción al alcance de una selecta minoría de nobles a convertirse en costumbre habitual entre los hijos de una nueva burguesía tan interesada por la cultura como por el comercio. Este viaje formativo en busca del conocimiento de la cultura clásica y los refinamientos de la vida moderna, conocido como el *Grand Tour*, es emprendido por unos cuarenta mil británicos hasta 1785[1], fundamentalmente a Francia, Italia y Grecia pero también, en ocasiones, a los Países Bajos o a Prusia. El siglo de la Ilustración presenta unas características propias, comunes en la mayor parte de Europa, y una forma de pensar que confiere una gran importancia a la literatura que narraba las experiencias de estos «curiosos impertinentes», en feliz expresión de Ian ROBERTSON[2].

El ansia de conocer tan propia de esta época ilustrada favorece, de este modo, la propagación de la literatura de viajes y alienta su extraordinario éxito. No debían ser pocos los lectores que compartieran el entusiasmo de Joseph ADDISON cuando afirmaba que los libros con los que más disfrutaba eran los de viajes[3]. Tanto fue así que muchos de los grandes escritores británicos del periodo acabaron redactando algunos de los más célebres relatos de este género literario. Es el caso del propio Addison, Daniel Defoe, Henry Fielding o el Dr. Johnson, entre otros. Dentro de este contexto más favorable situamos la figura de Henry SWINBURNE (1743-

[1] Eva SIMMONS ED. (1994) *Augustan Literature from 1660 to 1789*, Bloomsbury Guides to English Literature.

[2] Ian ROBERTSON (1988) *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la ascensión de Carlos III hasta 1855* (trad. Francisco José MAYANS, Serbal/CSIC, Barcelona.

[3] *The Tatler* 254 (1710).

1803), un destacado analista de la realidad española de finales del siglo XVIII. Conocedor del francés, el latín y el italiano, acepta una oferta de su amigo Sir Thomas Gascoigne para visitar y dar a conocer España. Fruto de esta experiencia de casi un año de duración fueron sus *Travels through Spain in the Years 1775 and 1776*, publicado en Londres en 1779 e ilustrado con «varios monumentos de arquitectura árabe y romana» tomados del natural[4]. Una traducción francesa, elaborada por LABORDE, se publica en 1787.

El itinerario seguido por Swinburne bordeaba la costa mediterránea desde La Junquera hasta el arsenal militar de Cartagena pasando por las ciudades de Gerona, Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia y Alicante, se adentraba después por el interior de las provincias de Murcia y Almería hasta llegar a Granada, continuaba por Antequera y Málaga y volvía después nuevamente a Antequera para proseguir viaje hasta Cádiz, primero, y Gibraltar, después. A continuación, proseguía por el interior hasta Sevilla, desde donde se dirige a Córdoba y La Mancha pasando por las nuevas colonias de La Carlota y La Carolina para llegar posteriormente a Toledo. Desde Toledo se encamina a Madrid y, posteriormente, a Aranjuez para nuevamente volver a la capital y proseguir camino hacia el norte pasando por El Escorial, Segovia, Valladolid, Burgos y entrar finalmente en las Vascongadas, alcanzando finalmente la frontera francesa ocho meses más tarde. El itinerario responde al patrón clásico de los viajeros ingleses, muy interesados en conocer la costa mediterránea, las principales ciudades históricas del país, la ciudad y el puerto de Cádiz, donde se recibían la mayoría de los productos y riquezas coloniales, y por supuesto la colonia inglesa de Gibraltar.

El viaje no debía resultar, sin embargo, nada fácil. Swinburne se quejaba reiteradamente de tener que ir cargando con cama y comida, ya que, señalaba, a veces lo único que cabía esperar al llegar a una posada eran unas paredes desnudas y, con suerte, unos cuantos huevos a un precio exorbitante. A este respecto, lamentaba, no sin ironía, cómo «con el importe que cobran en concepto de ruido de casa se pagaría una buena cena y cama en las mejores posadas de la mayoría de los países de Europa». Muchas eran las dificultades que había que sortear para comprar

[4] Esta primera edición es la que se empleará como referencia en todo el texto. Cada vez que aparezca una cita del original se incluirá tan solo el número de página entre paréntesis detrás de la misma. Todas estas citas son traducción del autor.

y preparar la comida. Sirva de ejemplo la siguiente afirmación de SWINBURNE:

> A veces tenemos, por fortuna, la oportunidad de instalar nuestro propio espetón, o de asar una chuleta a la parrilla, pero esto son lujos que no cabe esperar más de una o dos veces en el transcurso de una semana (116-117).

En otra ocasión, para ilustrar la precariedad de la situación, nos cuenta lo mucho que le había llamado la atención el diminuto tamaño de las ventanas de las posadas y la, en su opinión, inútil costumbre de colocar rejas de protección ya que, apuntaba, «ni un pigmeo» podría colarse por ellas.

Nada más volver a Bayona en junio de 1776, Swinburne le envía el texto manuscrito de su viaje a su editor inglés para su publicación inmediata. Su finalidad declarada siempre había sido la de dar a conocer un país poco visitado y comprobar la veracidad de los relatos anteriores. Y su primer objetivo es el de llevar a cabo un análisis exhaustivo de la agricultura, el comercio, las costumbres y el gobierno del país, en perfecta sintonía con el modelo ilustrado. No obstante, pronto confiesa que la mayor originalidad de su libro radicará seguramente en su deseo de estudiar las antigüedades árabes de España y será a esto, sin duda alguna, a lo que más atención le presta.

Por lo que respecta al conocimiento del idioma, puede ponerse en duda que en su caso fuera muy bueno, dada la gran cantidad de erratas de lugares y personajes citados en el libro, aunque es seguro que sus conocimientos extensos de italiano (parte de su formación había transcurrido en el norte de Italia) y del latín (como atestiguan muchas de sus lecturas) debieron facilitarle mucho la comunicación dentro del país. Con el paso del tiempo es seguro que aprendería algunas palabras y expresiones del idioma aunque no es fácil que llegara a comprender la parte más jugosa de las conversaciones privadas o a disfrutar de los infinitos matices de la literatura escrita en castellano.

Fuentes documentales

La tarea de traducir estas cuarenta y cuatro cartas, escritas en el siglo XVIII, implica necesariamente la adopción de diferentes estrategias con la finalidad de facilitar su comprensión a un lector contemporáneo. La variada casuística que aparece en el texto de Swinburne obliga al

traductor a llevar a cabo una investigación historiográfica y lexicográfica que permita al lector actual entender los numerosos nombres propios o geográficos que aparecen en el texto y desentrañar el gran número de vocablos en latín, francés o italiano empleados, de tal manera que pueda disfrutar plenamente de su lectura sin perder la complicidad que cabía esperar de un lector del siglo XVIII. El lector contemporáneo debe ser culto e interesado en la historia de España y la época ilustrada pero no por ello ha de estar obligado a interpretar correctamente cada una de las erratas o expresiones extranjeras que aparecen continuadamente en el texto original. Es función del traductor, por tanto, facilitar esta tarea de modo que, sin que se note mucho su trabajo, el lector pueda entender perfectamente el texto original de SWINBURNE.

En esta labor, a menudo un tanto ingrata, juega un papel muy destacado el aprovechamiento de las posibilidades de las nuevas tecnologías, además de las ya tradicionalmente empleadas en cualquier tipo de investigación. De este modo, ha resultado muy útil la consulta del significado de determinados vocablos de la época en listas de correo especializadas en el siglo XVIII, la utilización de bases de datos (tipo JSTOR, Microsoft Live Search Books, Google Books, British Library Catalogue, etc.), el empleo de bibliografía especializada y, por último, la consulta directa a diferentes especialistas en aspectos muy específicos tratados en la obra.

Esta opción de desentrañar las dificultades que presenta el texto original de SWINBURNE implica una investigación filológica e histórica y la incorporación de numerosas notas explicativas que facilitan al lector el conocimiento preciso de la realidad descrita en el libro original. Podría haberse optado, también, por dejar el texto sin manipular, libre de anotaciones, y dejar al lector que, si así lo desea, desempeñe la labor de completar o corregir la información suministrada por su autor. Esto último habría facilitado en grado sumo la labor del traductor, liberándolo de la tarea más ingrata y menos lucida de la traducción, pero en nuestra opinión habría empobrecido su lectura y habría reducido el abanico de sus lectores dejando en manos exclusivamente de los expertos su comprensión global. Sirvan los siguientes ejemplos para ilustrar algunas de las dificultades:

Pistreen: aparece en la tabla de monedas que incluye al principio del libro. Se refiere SWINBURNE a *pistareen*, una derivación popular de la palabra peseta y nombre empleado en los Estados Unidos y en las Indias Occidentales para designar una pequeña moneda de plata española anteriormente en circulación.

Ximenes: citado varias veces en el texto, se refiere a la destacada figura del cardenal Cisneros, conocida sin embargo entre los historiadores del mundo anglosajón como cardenal Jiménez o simplemente Jiménez, como es el caso.

Isla de S. Polo: la cercanía de esta isla al pueblo alicantino de Santa Pola hace confundir su nombre a SWINBURNE, debiendo haber optado por su nombre original de Nueva Tabarca, otorgado por Carlos III para sustituir a la Tabarca original, situada en la costa de Túnez. Tras ser conquistada por los árabes, el gobierno español ofreció a sus habitantes, la mayoría genoveses, la posibilidad de instalarse en una nueva isla situada junto a la bahía de Alicante.

San Felipe: denominación otorgada al pueblo de Játiva tras la Guerra de Sucesión en castigo por su fidelidad a la causa austracista. Afortunadamente, esta denominación fue solo provisional y recuperaría posteriormente su topónimo tradicional. (Otro caso destacable es el empleo del término Murviedro o Morviedro para hacer referencia al pueblo valenciano de Sagunto.)

Topografía y onomástica

Una de las cuestiones más importantes que ha de ser abordada en una traducción de este tipo es la adecuación de los nombres propios a su grafía original, evitando en lo posible las erratas e imprecisiones que aparecen en el texto. Veamos algunos de los ejemplos más destacados:

texto original	**traducción**
Joan & Philip (x)	Juana la Loca y Felipe el Hermoso
Garcia Ximenes (ix)	García Íñiguez
Favita (ix)	Fávila
Lord G. (332)	Lord Grantham, embajador británico
la Vega / López de la Vega (377-378)	Lope de Vega
Puerto Horniera (xiii)	Puerto Lumbreras
Castillon de la Llana (86)	Castellón de la Plana
St. Jago (151)	Santiago (de Compostela)
Zehra (287)	Medina Azahara
Murica (291)	Murcia
Puertolapiche (318)	Puerto Lápice
Fuenfrio (399)	Fonfría (puerto de la)
Andaye (427)	Hendaya

Empleo del latín

SWINBURNE, como buen ilustrado, hace gala en su libro de una amplia erudición y utiliza en variadas ocasiones vocablos latinos para demostrar sus conocimientos de esta lengua. Aunque en esta época es fácil que fueran conocidas estas expresiones por parte de la minoría ilustrada que solía constituir el público de este tipo de literatura de viajes, no ocurre así en la actualidad. De cualquier modo, al ser el castellano una lengua románica, resulta fácil entender gran parte de las expresiones utilizadas en el libro y se ha optado, por tanto, por dejarlas en su lengua original e incluir en la traducción tan sóolo aquellas que hacen referencia a términos científicos de carácter principalmente botánico. Es el caso de *schinus mole* (119), conocida popularmente por falso pimentero, o *rhododendron ponticum* (236), que es el nombre científico del rododendro.

El texto de SWINBURNE incluye varias inscripciones latinas (70, 72, 74, 300, 391), encontradas en diferentes antigüedades romanas de la península, un epitafio (17) y un buen número de términos latinos como *Augustus Pater* (22), *stigmata* (44), *corona radialis* (22), *caput mortu(u)m* (96), *proscenium* (90), *deo gratias* (110), *scarabaeus* (133), *granatum* (141), *August(i)* […] *pontem* (213), *verbatim* (222), *stratum* (241), *per diem* (269), *penetrale* (302), *podium* (343), *pandaemonium* (367), *corps* (386) o el más popular de *lingua franca* (408). Como vemos, en su mayoría muy fáciles de entender sin traducción alguna.

Uso de las lenguas modernas: el francés y el italiano

El francés es utilizado profusamente en el texto, por dos razones principales. La primera, de carácter social, dado que constituía la lengua por antonomasia de la Ilustración europea y era el segundo idioma más extendido y estudiado en todo el continente. La segunda, de carácter más personal, tiene que ver con la trayectoria vital de SWINBURNE y sobre todo con su formación intelectual, realizada en parte en Francia, donde reside con cierta regularidad. La inclusión de una cita del francés BOILEAU en la portada del libro supone toda una declaración de principios: *rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable*, en castellano «nada hay más bello que la verdad; esta por sí sola es amable».

A partir de aquí serán muchas las ocasiones en las que SWINBURNE hace gala de sus amplios conocimientos del idioma y aprovecha cualquier ocasión para demostrar el alcance de su erudición. De este modo, aparecen en su libro ciertos vocablos franceses en cursiva como *se*

promener en voiture (7), *coup de main* (64), *confrère* (94), *valet de chambre* (114), *cri de guerre* (191), *coup-d'oeil* (303, 343), *fête-champêtre* (316) o *catafalques* (391), junto a otros que ni siquiera incluyen este rasgo distintivo como *grandeur* (191), *jet-d'eaus(x)* (200, 329), *vestibule* (216), *étiquette* (338), *éclat* (386), (402), *grand* (200), *chef-d'oeuvre* (394, 396) o *chevaux de frize* (41), este último muy usado en el argot militar inglés con la grafía francesa. Tal era el grado de aceptación y conocimiento del francés que SWINBURNE en ocasiones, como hemos visto, ni siquiera consideraba necesario utilizar la letra cursiva para distinguir su uso del resto de texto escrito en inglés.

Asimismo, todas las referencias geográficas o monumentales francesas están escritas sin errores tipográficos, lo que demuestra la familiaridad de SWINBURNE con estos lugares y su perfecto conocimiento del idioma, p. ej.: Tours, Narbonne, Amiens, Saint-Denis, Bordeaux, etc. La pregunta que surge ahora es ¿qué debemos hacer en la traducción: mantener el texto en el francés original o traducirlo sin más? Pensamos que esto último es lo más oportuno, dado que no debe suponerse un conocimiento tan amplio del francés en un lector actual, y además se corre el riesgo de que este quede sin entender una parte del texto o necesite un diccionario bilingüe para acompañar su lectura.

En cuanto al italiano, SWINBURNE también hace gala de un buen conocimiento de este idioma e incluye varias expresiones, principalmente relacionadas con el mundo del arte. No en balde había estudiado esta disciplina en la Universidad de Turín antes de venir a España. En este caso, al contrario de lo que ocurre en francés, su comprensión resulta más fácil para un lector español por la semejanza entre ambos idiomas. Algunos de los ejemplos más destacados son *pasticio* (253), *ciceroni* (322), *costumi* (356), *madonnas* (374), *chiaro(-)scuro* (394), *cupolas* (418) o *banditti*, aunque esta última era también usada en inglés como plural del italiano *bandito*.

La ortografía del castellano

SWINBURNE se atreve con mucha frecuencia a incluir términos en castellano en su libro, bien porque no le resulta fácil encontrar una equivalencia léxica en inglés o bien porque utiliza este recurso para retratar una realidad, la española, de un modo más cercano y que evidencie su presencia física en el país y su conocimiento del idioma. Aproximadamente la mitad de las expresiones que utiliza en castellano están correctamente escritas, como es el caso de: esparto (6), purgatorio

(8), vega (8, 20, 119), conde de asalto (9), loas (9), autos sacramentales (9), gala (23), maja (23), playa (44), aroma (45), mimosa (45), algarrobo (84), palmo (nota p. 90), pórtico (nota p. 90), seguidillas (90, 115), arroba (104), cigarros (105, 270), calle mayor (112), tiravientos (119), posada (212), calle ancha (216), mirador (217), flota (222), presidios (224), fandango (228), a la ley (228), gitanos (229), molinos (245), siesta (299), naves (301), zancarrón (301), venta (318), preciosa (320), arena (341), garañones (341), fiestas de toros (342), infanta (358), alcalde de corte (379), empeños (381), primera (386), cortejo (387), forma (397). Como vemos, un buen número de palabras, algunas de ellas de difícil traducción al inglés.

Sin embargo, también encontramos un gran número de erratas en la obra, que ponen en evidencia un cierto desconocimiento de la grafía correcta del idioma. Es el caso de *redicillas* (por redecillas, 97), *galliegos* (por gallegos, 213), *buxaros* (por bujarros, 305), *sapota* (por sapote, árbol procedente de América central, 271), *custioda* (por custodia, 397), *pimento* (por pimiento, 372) o *pezzettas* (por pesetas, 200) y de muchos nombres de ciudades como *Cordova* (274) por Córdoba, *Baça* (152, 291) por Baza o *Val de Peñas* (319) por Valdepeñas. Un caso distinto lo constituyen aquellas palabras que emplea en castellano pero confundiendo su significado original. Es el caso de *toriadors* (344) para referirse a los picadores de una corrida de toros; del término *embobado* (346) para hacer referencia a la figura del toro embolado, tan popular en determinadas fiestas populares de la península; de *matador* (346) en lugar del más habitual de torero; y, por último, la utilización de la palabra *pelota* (372) en lugar de frontón con referencia a la cancha donde se practica el juego.

Cualquier ocasión es propicia para tratar de evidenciar un conocimiento correcto del idioma y de la cultura que lo sustenta así como para dar visos de autenticidad a la obra propia. Cuando Swinburne se encuentra atravesando La Mancha, se refiere a la región citando las famosas palabras del *Quijote*: «un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme». En otro momento del texto, incluye cierta terminología legal, con algún error tipográfico, como la siguiente expresión: *a la paya de custa medida de pan, vino y de mas semillas por cada junta que tubieren de labranza* (383) en lugar de la más correcta «a la paga de justa medida de pan, vino y demás semillas por cada yunta que tuvieren de labranza». Hasta se atreve en otras dos ocasiones con el empleo de dos conocidos refranes: *Quien no a visto Sevilla, no a visto meravilla* (263) y *Si llove, ay trigo en Orihuela, y si no llove ay trigo en Orihuela* (119), versión un tanto libre del conocido dicho popular «Llueva o no llueva, trigo en Orihuela».

El objetivo de SWINBURNE no es otro, como hemos visto, que el de dar una imagen lo más cercana posible del país que describe y para ello se vale de muchas y diferentes expresiones idiomáticas propias de su cultura. Por esta razón, dedica un gran espacio para tratar de describir aquellas costumbres que resultan más difíciles de comprender para un lector de su país, como son las corridas de toros. El empleo de términos castellanos para describirlas es profuso y tan solo se atreve a dar una traducción en inglés del lugar donde se realiza el espectáculo: la plaza de toros. Las palabras elegidas por SWINBURNE serán *the amphitheatre for bull-feasts* (195), una expresión descriptiva que hace alusión a su forma y a su función pero que no prosperará con el paso del tiempo.

Como hemos visto, SWINBURNE, a pesar de no ser un conocedor tan preciso del idioma castellano como lo era de otras lenguas europeas como el latín, el francés y el italiano, además del inglés, sí que se atrevía a emplearlo con asiduidad y, en no pocas ocasiones, con cierta corrección. La finalidad que persigue el uso tan extendido que hace de este idioma en su libro es la de ofrecer una imagen lo más fidedigna posible de la realidad descrita, en perfecta sintonía con el ideal ilustrado de divulgación del conocimiento o, siguiendo la cita de BOILEAU, de buscar la verdad allí donde se encuentre. Es justo, pues, agradecer los esfuerzos, no solo lingüísticos, que hace el viajero para dar a conocer una realidad un tanto exótica (que le haría tan popular años más tarde entre los viajeros románticos) y bastante desconocida para gran parte de sus contemporáneos. Sus desvelos por entender el idioma y por dar a conocer el país y su cultura resultan dignos de elogio y de reconocimiento, a pesar de las lagunas e imprecisiones que pueda presentar su obra y las no pocas dificultades que su traducción presenta.